

dad creciente de Fontainebleau se le escuchaba de cotidiano. Se ha visto cómo Ney y Macdonald se habian separado de su persona. Oudinot, Lefebvre y Moncey le abandonaron asimismo, cada cual á su modo. Tambien se habia retirado Berthier, aunque hasta cierto punto por orden de su soberano. Napoleón confirió el mando del ejército para que le trasmitiese al gobierno provisional, y para que durante esta trasmision pudiera confirmar los grados que eran la recompensa de la sangre vertida en la última campaña. Berthier le habia prometido volver á su lado; Napoleón le esperaba, mas al notar que pasaban las horas y los dias sin que se verificara su retorno, al fin desesperaba de verle, y lo sentia mucho, aunque sin proferir la menor queja. En vez de la llegada de Berthier se verificaba cotidianamente la despedida de algun oficial de alto grado. Uno dejaba á Fontainebleau por causas de salud, otro por causas de familia ó de negocios. Todos prometian tornar en breve, y ninguno pensaba en tal cosa. Napoleón fingia dar crédito á las razones de cada uno, les estrechaba la mano á la despedida con el convencimiento de ser la postrera, y les dejaba decir que volverian muy luego, sin creérselo de ningun modo. Poco á poco se quedó el palacio de Fontainebleau desierto. A veces aun percibian los oídos en sus patios silenciosos el rodar de coches, se prestaba atencion y siempre eran coches que se alejaban de aquel sitio. Napoleón asistia á su propio fin en vida. ¡Quién no ha visto á la entrada del invierno y en medio de los campos ya assolados, á un robusto roble ostentando desde lejos sus ramas sin verdura, y teniendo á su pie los secos vestigios de su vegetacion pomposa! En tor-

no reinan el frío y el silencio, y por intervalos apenas se oye el leve ruido de una hoja que cae. Inmóvil el árbol y orgulloso no tiene ya mas que algunas hojas amarillas próximas á desprenderse como las otras, mas no por eso deja de dominar el llano con su cabeza elevada y desnuda. Así Napoleón veía desaparecer una á una las fidelidades que le habian seguido á través de las innumerables vicisitudes de su vida. Las habia que subsistian un dia, dos dias mas, pero que espiraban al tercero. Por llegar á su término acababan todas. Sin embargo, se contaban algunas que no habia podido quebrantar nada. Con la desaprobacion en el corazón, la tristeza en la frente y el respeto en la boca se habia quedado Drouot al lado de su infeliz soberano. El general Bertrand habia seguido este generoso ejemplo. Tambien se habian quedado los duques de Vicenza y de Basano. No se mostraba el duque de Vicenza mas lisonjero que antes, casi mostrábase mas aún el duque de Basano que de costumbre, y daba así con su larga sumision una honrosa excusa, demostrando que se asociaba á admiracion hácia Napoleón, sincera, absoluta, independiente del tiempo y de los sucesos. Conmovido Napoleón de su adhesion, dirigióle mas de una vez estas palabras consoladoras:—¡Basano, suponen que vos me impedisteis hacer la paz!... ¿Qué decis á esto?... Semejante acusacion ós debe dar risa, como todas las que se me prodigan ahora...—Y Napoleón le estrechó otras tantas veces la mano, confesando de la manera mas noble que la culpa era toda suya.

Al cabo debia terminar esta prolongada agonía. Ya habian llegado los comisarios de las potencias,

y Napoleón acogiólos perfectamente, excepto al comisario prusiano, que le traía á la mente dos recuerdos penosos; sus antiguos agravios respecto de Prusia, y la conducta odiosa del ejército prusiano respecto de nuestras taladas provincias. Le trató, pues, con urbanidad y tibieza. Todo estaba listo ya desde el 18, y mejor enterado Napoleón de lo acontecido en Rambouillet entre su mujer y su suegro, comprendió que esta entrevista, de la cual habia esperado algo, menos para sí que para María Luisa y el rey de Roma, no vendría á parar mas que en privarle de su presencia, y que estos seres queridos, considerados no como una familia, sino como una parte de las grandezas del trono, le serian arrebatados á la manera que el trono mismo. De resultas experimentó un arranque de cólera muy violento, y estuvo á punto por un instante de romper el tratado de 11 de abril y de precipitarse á nuevas aventuras. Vuelto muy en breve á la razon y á la resignacion, se manifestó pronto á la partida; pero, no siendo bastante explícitas las órdenes para el gobernador de la isla de Elba, Mr. de Caulaincourt hubo de volver á París con el fin de aclararlas. Al cabo el 20 por la mañana, no faltando ya requisito, se decidió Napoleón á dejar á Fontainebleau. Ya estaba en camino el batallón de su Guardia destinado á seguirle á la isla de Elba. En Fontainebleau estaba acampada la misma Guardia, y se quiso despedir de ella. La hizo formar en círculo en torno suyo en el patio del palacio, y delante de sus veteranos hondamente conmovidos, pronunció las siguientes palabras:—«Soldados, vosotros mis antiguos compañeros de armas, á quienes siempre hallé en el camino del honor, al fin es

fuerza separarnos. Aun hubiera podido prolongar mi permanencia entre vosotros, aunque no sin dilatar una cruel lucha y añadir quizá la guerra civil á la guerra extranjera, y no he tenido voluntad de desgarrar por mas tiempo el seno de Francia. Gozad del reposo que tan legítimamente os habeis ganado, y sed felices. Lo que es por mí no sintais penas. Me queda una mision, y consiento en vivir para cumplirla, y es contar las grandes cosas á que juntos dimos remate. De buena gana os estrecharia á todos en mis brazos; pero dejadme abrazar esa bandera que os representa...» Entonces atrayendo á sí al general Petit, que llevaba la bandera de la Vieja Guardia, y era modelo acabado del modesto heroísmo, estrechó sobre su pecho á la bandera y al general en medio de los gritos y de las lágrimas de los circunstantes, luego se metió en el fondo de su coche con los ojos húmedos de llanto, y no sin enternecer á los mismos comisarios encargados de acompañarle.

Su viaje se hizo despacio al principio. El general Drouot abria la marcha en un carruaje: Napoleón iba despues, llevando al general Bertrand en el suyo, y detras seguian los comisarios de las potencias. Durante las primeras paradas escoltaron destacamentos de la Guardia de á caballo á la comitiva. Faltando á mayor distancia los destacamentos, se marchó sin escolta. En la parte de Francia que se cruzaba entonces, y hasta la mitad del Borbonés, fué recibido Napoleón entre las aclamaciones del pueblo, que aun maldiciendo la conscripcion y los derechos reunidos, veia en su persona al héroe sin ventura, al valiente defensor del territorio nacional. Mientras la muchedumbre rodea-

ba su carruaje, gritando *viva el emperador!* en rededor del de los comisarios daba voces de *¡muéran los extarngeros!* Muchas veces se excusó Napoleón con ellos de las manifestaciones, que no podía impedir de ningun modo, si bien probaban que no era tan impopular en toda Francia como se había querido dar por supuesto. En general hablaba libre y afablemente con los funcionarios públicos á quienes encontraba en el camino, recibía su despedida y les daba la suya con tranquilidad de ánimo completa.

Bien pronto empezó á ser el viaje mas penoso. En los alrededores de Moulins cesaron los gritos de *viva el emperador!* y ya se oyeron los de *viva el rey!* *¡vivan los Borbones!* Entre Moulins y Lyon no manifestó mas que curiosidad el pueblo, sin añadir ningun otro testimonio significativo. En Lyon siempre había contado Napoleón muchos parciales, sensibles á lo que había hecho por su ciudad y por su industria; sin embargo, tambien había una parte de la poblacion que profesaba sentimientos diametralmente contrarios. A fin de evitar cualquiera demostracion se atravesó Lyon de noche. Así y todo, algunos gritos de *viva el emperador!* saludaron á la imperial comitiva. Mas fueron los postreros. Al pasar por Valence halló Napoleón al mariscal Augereau, que acababa de publicar una proclama indigna, redactada segun rumores por el duque de Otranto y que terminaba con estas palabras:—  
«Soldados, libres quedais de vuestros juramentos;  
»lo quedais por la nacion en la cual reside la soberanía; lo quedais además, si necesario fuera, por  
»la misma abdicacion de un hombre, que despues  
»de haber inmolado millares de victimas á su cruel

»ambicion, no ha sabido morir como soldado.» Menos lo había sabido aun el pobre Augereau, y no se expuso á morir junto al Saona y al Rodano, donde contribuyó con su debilidad y su ineptitud á arruinar los negocios de Francia. Napoleón, que no conocia su proclama, aunque sí su campaña lastimosa, no le dirigió á pesar de todo reconvenccion alguna, le recibió con familiaridad indulgente, y hasta abrazóle á la despedida. Al avanzar hacia el Mediodía se multiplicaron los gritos de *viva el rey!* y pronto se oyeron tambien los de *¡abajo el tirano!* *¡muera el tirano!*—Especialmente en Orange sonaron estos gritos con violencia. En Aviñon, amotinada la poblacion pedía arrebatadamente que se le entregara *el Corso* para hacerle pedazos y precipitarle en el Rodano. Mientras se trataba de esta suerte al genio, culpable si bien glorioso, en quien se habían personificado por largo tiempo la prosperidad y la grandeza de Francia, se gritaba *¡vivan los aliados!* al rededor del carruaje de los comisarios de las potencias. Por lo demás este favor de los extranjeros era á la sazón venturoso, pues á no ser por la popularidad de sus representantes, degollado Napoleón hubiera precedido en las aguas del Rodano al infeliz mariscal Brune. En efecto, se necesitaron todos los esfuerzos de los comisarios, de las autoridades, de la gendarmeria, para impedir un desman horrible. Para Orgon se anunciaban una inmensa aglomeracion de pueblo y escenas todavía mas violentas. Estas poblaciones fogosas y exasperadas por la conscripcion, por los derechos reunidos y por la larga privacion de todo comercio, eran realistas en 1814, como en 1793 habían sido terroristas, y solo necesitaban una ocasion pa-

ra mostrarse tambien sanguinarios. Teniendo sobre si los comisarios una responsabilidad inmensa, no hallaron otro medio de eludir el peligro que hacer que Napoleon se disfrazara, y asi le obligaron á vestirse un uniforme extranjero, á fin de que pareciera uno de los oficiales que formaban la comitiva. Esta humillacion, la mas dolorosa por que habia pasado hasta entonces, fué la que asaltó su mente, segun se hace memoria, al tragarse el veneno que el doctor Ivan le habia preparado; y sin embargo, muy pronto se comprobó que no era más dolorosa que necesaria. Al llegar á la pequeña ciudad de Orgon, armado con una horca se presentó el pueblo á pedir el tirano, y se arrojó sobre el carruaje imperial para abrirle á viva fuerza. No iba dentro mas que el general Bertrand, quien tal vez pagara con la vida el furor excitado contra su soberano, si echándose Mr. de Schouvaloff fuera de su carruaje y hablando perfectamente el francés como todos los rusos, no tratara de despertar en el ánimo de aquellos furiosos los sentimientos que debia inspirar un vencido, un prisionero. A mayor abundamiento su uniforme ruso valió de mas á Mr. de Schouvaloff que su lenguaje, y logró aplacar á los mas arrebatados. Durante este tiempo los carruajes se escaparon del peligro. En las siguientes paradas fueron disminuyendo las escenas de violencia, y al aproximarse al mar cesaron del todo.

Napoleon, inmóvil, silencioso durante estas crueles pruebas, afectando mas á menudo menosprecio, no pudo permanecer siempre insensible á los gritos del odio público á pesar de todo, y al cabo una vez rompió en llanto. Se repuso al golpe, y tra-

to de volver á tomar una impassibilidad altiva, aunque sin poder menos de sentir, á vueltas de la vileza de estas demostraciones, la tardía pero infalible justicia de las cosas, que seria odiosa de contemplar si no se atendiese mas que á los ruines instrumentos de que se vale, bien que, si se levanta la vista hasta ella, se la ve muy luego tan profunda como terriblemente remuneradora. No queda á los grandes espíritus que la han provocado con sus culpas mas que una honra, un consuelo, y es reconocerla, penetrarla y resignarse á sus decretos. Despues de haber hecho correr, no por perversidad de alma, sino por exceso de ambicion, mas sangre que la que derramaron los conquistadores de Asia, sin decirlo se le alcanzaba á Napoleon de sobra, que habia dado margen á estas violentas manifestaciones de la muchedumbre. ¡Ah, hartas veces ha arrastrado por el lodo ensangrentado á varones eminentes, á héroes virtuosos, dignos tan solo de sus homenajes, y fuerza es confesar, que si nunca fué mas vil que ahora, le habia acontecido con frecuencia ser mas injusta!

Este suplicio fué terrible, pero afortunadamente corto. Napoleon halló en el golfo de San Rafael una fragata inglesa, la *Undaunted*, que habia hecho aprestar el coronel Campbell, comisario por Inglaterra. Se embarcó el 28 de abril para la isla de Elba, y el 3 de mayo echó el ancla en la rada de Porto-Ferraajo. Al dia siguiente 4 desembarcó en medio de los gritos de júbilo de una poblacion, que se envanecia de tener por soberano á este monarca derribado del mayor de los tronos, llevando, segun se decia, tesoros inmensos, y debiendo colmar á la isla de beneficios. ¡Asi para compensarle de los

homenajes del universo tenia los aplausos de algunos mil insulares viviendo de la pesca y del trabajo de las minas! ¡Vana y cruel comedia de las cosas humanas! ¡Napoleon, emperador del grande imperio, que se habia extendido desde Roma hasta Lubeck, Napoleon era hoy el monarca aplaudido de la isla de Elba!

### CONCLUSION.

Al ver acabar tan desastrosamente este reinado prodigioso, á la mente se agolpan las reflexiones sugeridas por la magnitud, la abundancia y el extraño carácter de los sucesos. Apuntémoslas antes de cerrar este relato para nuestra instruccion y para la de los siglos futuros.

Habiendo cesado de ser sanguinario sin cesar de ser perseguidor el gobierno republicano de 1795, impuso la paz á España, á Prusia, á la Alemania del Norte, y seguia comprometido en una guerra lenta con Austria, obstinada con Inglaterra, que se sostenia, digámoslo asi, por costumbre, con soldados admirables y generales excelentes si bien desunidos, cuando apareció de súbito en el ejército de los Alpes un jóven oficial de artilleria, de pequeña estatura, de rostro adusto aunque soberbio, de carácter singular aunque digno de nota; ora taciturno, ora pródigo de palabras; desgraciado un momento por la república y relegado entonces á las